

hombres de orden intentaban realizar á la sombra del pabellón francés un cambio en las instituciones políticas, no deberían serles escatimados ni los estímulos ni los apoyos morales (2). En tanto, España se preparaba para todas las eventualidades, dispuesta así á dejar atrás á Francia como á retroceder hasta coincidir con Inglaterra. Interrogado el general O'Donnell por el Sr. Barrot acerca de las instrucciones que se darían al jefe de la expedición, respondió: «¡Oh!, nuestras instrucciones son muy elásticas y por decirlo así discrecionales.» Apenas habían transcurrido quince días, cuando el convenio aparecía con dos interpretaciones diferentes: una restrictiva, la de Londres, y otra amplia, la de París; y lo más chocante era que los dos programas seguían líneas no sólo paralelas, sino á veces contrarias. Pero además de aquellas dos interpretaciones había una tercera, la de Madrid, que Europa se esforzaba en querer adivinar y cuyo secreto no hubiera podido acaso descubrir el mismo gobierno español.

Lo más singular de aquella empresa fué la distribución de fuerzas. Inglaterra, tanto por economía cuanto por mostrar bien claramente sus intenciones, procuró restringir todo lo posible su cooperación, y anunció que armaría dos buques de línea, cuatro fragatas y un número proporcionado de buques ligeros, contingente que aún redujo más adelante; y por lo que tocaba al cuerpo de desembarco, se limitaría á setecientos soldados de marina (1). El mando de estas fuerzas se confió primeramente al contraalmirante Milne y después al comodoro Dunlop.

En Francia hubo flagrante contradicción entre la magnitud del fin y la irrisoria parsimonia de los medios: el pensamiento secreto era fundar un imperio, y el pensamiento público dejar atrás el litoral y llegar quizás hasta México; y, sin embargo, no se preparó nada digno de tal propósito, y se dispuso la expedición, como hubiera podido disponerse una empresa de poca monta, durante una ausencia del ministro de la Guerra, el mariscal Randón (2). Cuando llegó la hora de constituir el ejército expedicionario, reunióse un batallón de marinos-fusileros y medio regimiento de infantería de marina, á los que se unieron un batallón de zuavos y algunas otras tropas de África, formando un total de 2.500 hombres. El mando de aquel contingente era poco envidiable y menos aún lo habría sido si se hubiesen podido adivinar los desengaños que tenía reservados el porvenir. El soberano eligió á uno de sus mejores servidores, el vicealmirante Jurien de la Graviere, que fué investido de plenos poderes diplomáticos y militares y que era doblemente digno de esta confianza por su talento y por la rectitud de su carácter.

Y para que todo fuera extraño en aquella expedición, sucedió que la más modesta de las tres potencias fué la que mayores sacrificios se impuso: España, en efecto, equipó, no 700 marinos como Inglaterra, no 2.500 soldados como Francia, sino 6.000 hombres aproximadamente. Este pequeño ejército, que estaba ya formado

(1) Véase *Documents diplomatiques*, 1861, págs. 123-125.

(2) *Correspondence respecting the affairs of Mexico*, páginas 102 y 120.—Discurso de lord Russell en la Cámara de los lores, 19 de junio de 1862 (*Parliamentary debates, third series*, tomo CLVII, pág. 720).

(3) Véase *Mémoires du maréchal Randón*, tomo II, pág. 58.

en Cuba, hallábase bastante cerca del teatro de la guerra para llegar mucho antes que los demás y para coger y apropiarse quizás de los primeros frutos de la victoria. El síntoma más significativo de la preponderancia española fué la designación de general en jefe, cargo que se confió al general Prim, conde de Reus y marqués de los Castillejos, uno de los hombres más esclarecidos de su patria y sobre todo uno de los más emprendedores. ¿No era de suponer que su fama le diera una especie de autoridad superior sobre los mismos contingentes de las otras dos naciones? Así se dijo y fué necesaria una nota de *El Monitor* para desmentir semejante especie. Mas, á pesar de la igualdad proclamada oficialmente, Prim pareció desde luego llamado á ejercer una influencia directa, influencia que debería á la posición que en su patria ocupaba, á la importancia de su cuerpo de ejército y al favor del emperador, á quien había visto recientemente en Vichy y cuyos pensamientos más íntimos había recogido, según opinión general. En México, en donde iba á desembarcar, no sería un extranjero, puesto que hablaba la misma lengua de aquel país y sus relaciones de familia y de amistad le permitirían contraer preciosas amistades. Militar afortunado, acostumbrado á las intrigas y á los golpes de mano militares, tan frecuentes en España como en las repúblicas del Nuevo Mundo, valiente y osado, lleno de confianza en sí mismo hasta el punto de no concebir ningún papel que estuviera por encima de su ambición, podía tenerse la seguridad de que nada omitiría para elevarse y mantenerse en primera fila. Tal era el hombre á quien su gobierno acababa de dar, según dijo O'Donnell al Sr. Barrot, instrucciones «elásticas, discrecionales.» Y discrecionales eran, efectivamente: á él, y sólo á él, correspondería apreciar sobre el terreno los beneficios que la empresa podría reportar á su patria y á él personalmente, y resolver, según las circunstancias, si debía proseguir hasta el fin el sueño de grandeza castellana ó detenerse bruscamente á mitad del camino.

#### IV

En México habían podido observarse los síntomas cada vez más marcados del descontento de Europa. Un día el Sr. de la Fuente, agente de la república en París, fué al ministerio de Negocios extranjeros, siendo muy mal recibido por el Sr. Thouvenel, quien le dió á entender que había pasado la hora de las promesas. Juárez, profundamente alarmado, revocó la ley de 17 de junio sobre los convenios extranjeros y aun ofreció algunas otras concesiones que fueron consideradas tardías ó insuficientes. A principios de diciembre, el señor de Saligny y sir Carlos Wyke abandonaron la capital y se dirigieron á Veracruz; y á todo esto tuvo allí noticia del acuerdo de las tres potencias, aunque sin conocer el texto del convenio que no se hizo público hasta algo después.

La amenaza parecía muy próxima á la ejecución y de ello no pudo ya caber duda cuando á mediados de diciembre se presentó á la vista de Veracruz una flota bastante numerosa: eran los españoles que, hallándose reunidos en la Habana, habían partido antes de tiempo y con una precipitación que les indispuso con sus alia-

dos. Los mexicanos de buena gana habrían resistido, tanto más cuanto que de todos los extranjeros los españoles eran aquellos á quienes más odiaban por haber sido sus dominadores; pero estimaron peligroso ó á lo menos impolítico romper de una manera irrevocable las hostilidades, y partiendo de este criterio, abandonaron Veracruz á los invasores y se contentaron con establecer á cierta distancia una especie de cordón militar que no pudo atravesar ningún indígena. A principios de enero avistóse otra flotilla, aunque más modesta, que era la de Inglaterra; y al día siguiente apareció la escuadra francesa. A mediados de enero encontrábase reunidos en Veracruz todos los jefes militares y políticos de la expedición, que eran: por la Gran Bretaña, el comodoro Dunlop y sir Carlos Wyke; por Francia, el vicealmirante Jurien y el Sr. de Saligny; y por España, el general Prim.

La crisis que atravesaba la República mexicana era realmente grave y podía llegar á ser mortal: en otras épocas se habían visto demostraciones amenazadoras, pero nunca se había desplegado tanto aparato. ¿Qué fin perseguían los europeos? ¿Eran simples acreedores exasperados? ¿Querían, por el contrario, intervenir en los asuntos interiores? ¿Pretendían instalar un gobierno, proclamar un monarca? Ningún mexicano lo sabía, y esta ignorancia era perfectamente natural; pero lo que hubiera parecido más extraordinario era que tampoco lo sabían los jefes aliados.

El título de la ocupación realizada por éstos era el convenio de 31 de octubre, documento obscuro que autorizaba á la vez varias conductas. Cada cual habíase llevado de Europa su comentario y cualquiera explicación sobre el fondo del asunto habría determinado inmediatamente una ruptura. El carácter de cada uno de los comisionados aumentaba las dificultades: sir Carlos Wyke, intérprete del pensamiento inglés, proscribía todo proyecto reaccionario y no estaba lejos el día en que, después de haber condenado como el que más los actos de Juárez, se inclinaría hacia éste ó á lo menos hacia sus amigos. Los mismos comisionados franceses ofrecían entre sí más de una diferencia: el Sr. de Saligny representaba las más violentas pasiones reaccionarias y no cesaba de aconsejar las más rigurosas medidas, creyendo de esta suerte responder á los propósitos del emperador; el almirante Jurien de la Graviere se había enterado de las cuestiones mexicanas por los despachos del ministro de Francia, pero se admiraba, y aún debía admirarse más con el tiempo, de que nada se pareciese á lo que le habían descrito. En cuanto al general Prim, su principal preocupación era consolidar su preponderancia: en Veracruz tenía ya amigos y aduladores, y antes de poco un diario, completamente á su devoción, encomiaría su habilidad, enumeraría todos sus antiguos méritos y daría luego á entender que el general, después de tantos servicios prestados á España, podría prestar otros no menos señalados á México. Y esta invención insistente, á fuerza de ser repetida bajo todas las formas imaginables, había de justificar más adelante la opinión de que el jefe del ejército español, al trabajar por su país, trabajaba también en su propio provecho; creencia casi unánime todavía entre los sobrevivientes de la expedición, por más que no exista prueba material y positiva en que fundarla.



El general D. Leopoldo O'Donnell

ción no era tal, y así se esforzaban en demostrarlo los comisionados con gran redundancia de afirmaciones, haciendo ver que si las tropas europeas ocupaban Veracruz, no era con propósitos belicosos, sino para alargar la mano á una nación amiga que consumía toda su vitalidad en deplorables convulsiones. Los aliados nada deseaban tanto como la regeneración de México, de suerte que los mexicanos serían muy ciegos si no aprovechaban la ocasión para instaurar lo más pronto posible un gobierno sólido, y sobre todo no tendrían disculpa si oponían la fuerza de las armas á aquellos que les llevaban el orden, la civilización y la paz. Tal era aquel manifiesto, inspirado sin duda en propósitos honrados, pero aún más que honrados extraños.

Francia estaba convencida de que existía en México un gran partido de orden que sólo esperaba nuestra llegada para sublevarse: los informes del Sr. de Saligny y las manifestaciones de los emigrados habían fortalecido esta creencia, y con esta esperanza había arribado á Veracruz el almirante Jurien. Después del desembarco, transcurrieron muchos días sin que ningún personaje de viso se acercara á los nuestros; sin duda los juaristas ejercían rigurosa vigilancia, pero tanto se prolongó la abstención que no pudo menos de causar gran sorpre-

sa, extrañando en alto grado los expedicionarios que su llegada no hubiese sido saludada en ninguna parte del país con alguna manifestación. ¿Habrían sido unos impostores los emigrados mexicanos? No, no eran impostores y antes al contrario muchos de ellos eran gente muy honrada y de buena fe: los conservadores, los hombres de orden existían, pero eran tan tímidos, estaban tan poco acostumbrados á toda vida pública, tan faltos de toda iniciativa, que sería preciso no esperarlos, sino ir á buscarlos. Más adelante llegaron á Veracruz algunos mexicanos de alta categoría, pero no procedían del interior, sino que habían sido conducidos por los buques y acudían allí no tanto para prestarnos su concurso como para solicitar el nuestro á fin de penetrar en su patria en pos de nuestra bandera. El más importante de todos esos personajes era Miramón, cuya presencia lejos de constituir una fuerza fué una dificultad, como si todo conspirara contra nuestra intervención. Durante su presidencia habían sido substraídos los fondos depositados en la legación británica y por este motivo el comodoro Dunlop y sir Carlos Wyke quisieron prenderle cual si se tratara de un malhechor; pero el Sr. Dubois de Saligny y el general Prim protestaron de ello, y tras largas discusiones, en las que unos sostenían la indignidad de aquel hombre y otros se alarmaban ante la injuria inferida al partido conservador en la persona de uno de sus más respetables representantes, llegóse á una transacción y Miramón fué enviado nuevamente á la Habana. Algún maleficio debía pesar seguramente sobre la empresa, puesto que nuestros protegidos no sólo no nos servían, sino que sembraban el espíritu de discordia entre los aliados.

Los europeos, que hartas dificultades encontraban en la alta política, en vano habrían querido buscar el desquite en la política pequeña. Desde su arribo á las playas mexicanas y quince días antes de la malhadada llegada de Miramón, habíanse dedicado á extender, en forma de ultimátum, la cuenta de sus reclamaciones financieras; y este trabajo que habría podido realizarse tranquilamente suscitó una violenta tempestad. Los ingleses reclamaban el exacto cumplimiento de los precedentes tratados, el reembolso de las cantidades substraídas, sea en las *condiciones* de dinero, sea en la Legación británica, el saldo inmediato de los créditos ya aceptados y el pago más pronto posible de los que en lo sucesivo se comprobaran. Los españoles formulaban reclamaciones casi análogas y además exigían que se les dieran excusas por la expulsión de su embajador, señor Pacheco. Cuando les llegó el turno á los franceses, reclamaron 12 millones de piastras (1): esta cifra causó gran asombro por lo elevada y además se criticó que se presentara así en globo, es decir, de una manera que no permitía el examen de los diversos créditos, unos fundados indudablemente, pero otros exagerados acaso y hasta inventados. Los ingleses y los españoles se creían en el colmo de su sorpresa cuando se dió lectura del artículo tercero del ultimátum redactado por el Sr. de Saligny, artículo que estaba concebido en los siguientes términos: «México vendrá obligado á cumplir plena, leal é inmediatamente el contrato firmado en 1859 entre el

(1) La piastra tenía un valor nominal de cinco francos aproximadamente.

gobierno mexicano y la casa Jecker.» Esta cláusula fué escuchada con verdadero estupor y acogida con murmullos: sir Carlos Wyke, apoyado por el general Prim, formuló sus objeciones con mal contenida vehemencia, y los ingleses decían en alta voz «que la reclamación era cuando menos extraordinaria,» añadiendo en voz baja y con indignación que era vergonzosa, *shameful*.

¿En qué consistía aquel crédito Jecker, verdadera manzana de discordia entre los representantes aliados? El asunto merece la pena de ser referido.

En 1859, Miramón, en un momento de gran apuro financiero, había pensado en hacer una emisión de bonos por 75 millones, á un interés de 6 por ciento, reembolsables en un plazo determinado y con el privilegio especial de ser admitidos en una proporción de 20 por ciento en pago de los derechos de aduanas y de las contribuciones públicas. Esta operación, aunque con todas las apariencias de un empréstito, no era, en el fondo, más que una conversión, puesto que todos los títulos de la antigua deuda interior, incluso los más desacreditados, es decir, aquellos que se negociaban con una pérdida de 93 ó 94 por ciento, podían ser canjeados por los nuevos bonos mediante la entrega de 25 por ciento en dinero. Había entonces en México un banquero de origen suizo, establecido allí desde hacía veinticinco años, «personaje respetable, decía más adelante el señor Billault, y que, según testimonio del mismo ministro, colaboraba en todas las obras de beneficencia que interesaban á los residentes extranjeros (2).» Aquel «personaje respetable» era el Sr. Jecker y su casa fué la que se encargó de aquella operación.

A primera vista, la combinación parecía muy beneficiosa para el Tesoro, el cual no tendría más dificultad que retirar de la circulación antiguos títulos desacreditados y reemplazarlos con títulos nuevos, dotados de garantías de toda clase, pero no más sólidas que las que á los otros se habían ofrecido, obteniendo de este canje una entrega en efectivo de 25 por ciento, ó sean 18.750.000 francos. Pero, estudiada detenidamente la operación, el mayor beneficio era para Jecker, quien tuvo buen cuidado de disminuir en el detalle las concesiones que hacía al por mayor: en efecto, sobre la entrega del 25 por ciento, se hacía adjudicar un 5 por ciento en concepto de comisión, y luego, con el pretexto de garantías de intereses, estipuló en su provecho una nueva deducción de 10 por ciento, quedando, pues, á pagar el 10 por ciento. A consecuencia de varios expedientes, el capital efectivo entregado en dinero apenas llegó á la mitad de esta suma; de modo que Jecker, por unos pocos millones, llegó á ser acreedor del Estado mexicano por un valor nominal de 75 millones. La situación financiera de México hacía ciertamente precario el porvenir de aquellos títulos, pero en el presente ¿qué margen no se ofrecía á la especulación!

Embarazoso resulta el calificar la transacción. Dentro del orden de ideas europeo, el contrato era evidentemente usurario y los ingleses tenían razón en calificarlo de vergonzoso; pero el incumplimiento casi general de los compromisos públicos había autorizado en México todas las exigencias de los prestamistas. En el fondo,

(2) Discursos del Sr. Billault en el cuerpo legislativo, 26 de junio de 1862 y 7 de febrero de 1863.

Miramón y Jecker procedían del mismo estado social: el uno, verdadero hijo de familia, oprimía locamente á su patria con un contrato ruinoso, si se cumplía, é inmoral, si era desaprobado; el otro graduaba sus compromisos, disminuía hábilmente la parte de numerario que había de entregarse, y aunque banquero respetable, al decir del Sr. Billault, firmaba uno de esos contratos equívocos que en Europa se ocultan en la sombra ó tienen algo de comedia.

Todos aquellos miserables cálculos á nadie aprovecharon, alcanzando la mala fortuna á la vez al prestamista Jecker, que en mayo de 1860 hubo de declararse en quiebra, y al prestatario Miramón, que seis meses después fué destituido. Tras algunas vacilaciones, Juárez declaró nulo el contrato de 1859, hallando en ello una doble ventaja, para el Estado en primer término, y en segundo para él mismo, pues al rescindir un compromiso que calificaba de usurario, se mostraba ante los suyos como dotado de una austeridad á la que el país estaba poco acostumbrado. Bien es verdad que al mismo tiempo suspendía el pago de los *Convenios extranjeros*.

Parece que Francia debiera haber mirado este asunto con indiferencia: el prestamista, Jecker, era suizo, y el prestatario, Miramón, mexicano y presidente de la República; otro presidente había anulado los compromisos de su predecesor: ¿qué nos importaban, pues, aquellos lejanos y equívocos negocios?

Existía, sin embargo, un interés francés, aunque muy pequeño, muy limitado, muy modesto; y detrás de ese interés no era difícil suponer ó sospechar una especulación grande, inmoral.

Jecker, en el momento de quebrar, no había colocado más que una pequeña parte de sus bonos, los cuales constituían la porción mejor de la garantía de los acreedores; pues bien, estos acreedores eran en su mayoría extranjeros y sobre todo franceses, y como su garantía valdría tanto más cuanto más valieran los bonos, de aquí su preocupación natural, legítima, de que se anulara ó siquiera se suavizara el radical decreto de Juárez. Además, algunos de los bonos colocados estaban en manos de comerciantes que los habían adquirido con la esperanza de utilizarlos para el pago de los derechos de aduana, y que tenían, por ende, interés en que estos títulos no llegaran á perder todo su valor. Jecker, aunque en quiebra, conservaba la dirección de sus negocios y en nombre propio y en el de los residentes extranjeros había solicitado el apoyo del Sr. de Saligny, el cual, desde mayo de 1861, gestionaba el asunto cerca de Juárez.

¿A qué se debió esta intervención del ministro francés? Aquí es donde comienza la sospecha y se adivina la especulación. Lo que, en resumidas cuentas, no era más que una cuestión secundaria, una de tantas cuestiones corrientes que de continuo negocian las cancillerías, habíase convertido para el Sr. de Saligny en una preocupación dominante hasta el punto de absorber todas las demás. Jecker era extranjero y sin embargo fué protegido como jamás lo fuera un francés en su patria ó fuera de ella; Jecker representaba un crédito usurario y á pesar de esto su crédito fué tratado como privilegiado, como si el título en que se fundaba hubiera sido no sólo irrepachable, sino también sagrado. Ha-

bríase comprendido una gestión en favor de los residentes extranjeros, una tentativa para revalidar algo de los antiguos bonos anulados; pero no se explicaba que Francia, poniéndose en el lugar de Jecker, hiciera de aquel asunto un asunto propio, lo tomara en globo por su cuenta y lo amparara con el renombre de su probidad. Y como esta solicitud parecía inexplicable, comenzó á sospecharse que aquella intervención tan apasionada, tan extraordinaria, acaso no era gratuita; que Jecker, á quien se había dejado al frente de sus negocios, había comprado protectores en Europa; que estos protectores eran tan poderosos que disponían de la diplomacia fran-



D. Miguel Miramón

cesa; y que el interés muy limitado de algunos comerciantes era sólo una apariencia, pues detrás de ellos se ocultaban especuladores que excitaban á Francia á declarar la guerra, si era preciso, con la perspectiva de una participación en los beneficios cuando los *bonos* rehabilitados volvieran á tener la categoría de créditos respetables. Estas suposiciones propalábanse ya con singular persistencia á principios de 1862, es decir, en el momento en que los comisionados aliados, reunidos en Veracruz, celebraban allí su primera reunión. Del señor Dubois de Saligny dependía que tales rumores tomaran consistencia ó fueran desmentidos; y al clasificar en su ultimátum el crédito de Jecker entre los créditos franceses, al presentar su reclamación como una especie de reclamación intangible, confirmó lo que hasta entonces no había pasado de murmuración. De aquí la indignación de los aliados y un principio de embarazosa sorpresa en el honrado almirante Jurien de la Graviere, sorpresa y embarazo que más adelante habían de reproducirse hasta en los despachos del Sr. de Thouvenel, que se defendía mal de las objeciones de los ingleses, comprendía que por encima de él se ejercía alguna acción clandestina y se esforzaba en vano por encontrar una transacción que no estuviera demasiado en pugna con la equidad. En lo sucesivo, Jecker seguirá disfrutando de igual protección; siendo suizo, un decreto le

naturalizará francés, y en medio de las peripecias de la expedición mexicana, el *Crédito Jecker*, como generalmente se le denominará, surgirá de cuando en cuando, aumentando con su confusión propia la confusión total de la empresa. Y habrá muchos que, por una singular exageración, llegarán á persuadirse de que la guerra de México es debida exclusivamente á esa reclamación. Mientras tanto, desde comienzos de 1862, empieza á sonar un nombre en las oficinas de los periódicos: para un asunto tan malo se necesita un protector poderoso y la opinión pública adjudica este papel al duque de Morny. Al año siguiente, el gobierno de los Estados Unidos manda interceptar y publicar las cartas que desde Europa van dirigidas á Jecker (1), y en toda aquella correspondencia aparece mezclado por modo extraño el nombre del duque, con lo cual se robustecen las sospechas. ¿Por qué el porvenir confirmó estos indicios en vez de destruirlos? En los archivos de las Tullerías se encontró una carta de Jecker en la que se designaba al Sr. de Morny como su patrono ó, empleando su propia palabra, como su «asociado:» este «asociado» estipuló, según parece, el 30 por ciento de los beneficios, habiéndose concertado probablemente este convenio en los primeros meses de 1861 y habiendo sido consecuencia del mismo el apoyo de la legación francesa. «Desde aquel momento, dice Jecker, nos vimos perfectamente amparados... Posteriormente, muerto el Sr. de Morny, cesó por completo la protección que el gobierno me había otorgado (2).»

En Veracruz, la presentación del crédito Jecker dió por resultado el aplazamiento de toda acción solidaria de las potencias para percibir sus indemnizaciones. Por otra parte, la enormidad de las peticiones daba lugar á una gran dificultad, pues conquistando las reclamaciones inglesas, las españolas y la doble reclamación francesa, se llegaba á un total aproximado de más de 250 millones. ¿Era posible exigir á México los ingresos de dos años? Ante esta perplejidad los comisionados decidieron pedir nuevas instrucciones á Europa, y en cuanto al gobierno mexicano, se limitaron á dirigirle una nota algo vaga, ajustada completamente al espíritu del primer manifiesto, reclamándole «el pago de las deudas sagradas y ya reconocidas por los tratados.» Pero ¿cuáles eran esas deudas? Los representantes de los aliados se guardaban de concretarlas, porque habría sido preciso que antes se pusieran de acuerdo entre sí. En cambio, exponían toda clase de consideraciones: «México había sido presa de convulsiones demasiado frecuentes y ya era hora de que al desorden y á la anarquía sucediese un estado normal fundado en el respeto á las leyes. Venimos aquí, añadían los plenipotenciarios, para ser testigos y, en caso necesario, protectores de la regeneración de México (3).»

En medio de estas vaguedades, imponiase á la vigilancia de los jefes militares una preocupación positiva y apremiante, la conservación del ejército.

Para comprender esta preocupación es preciso conocer, siquiera someramente, el territorio en donde aca-

(1) *Executive documents*, 1863.

(2) Carta del Sr. Jecker al Sr. Conti, 8 de diciembre de 1869 (*Papiers des Tuileries*).

(3) Véase *Correspondence relating the affairs of Mexico*, tomo II, págs. 25-26.

baban de desembarcar nuestros soldados y en el que habían de vivir durante muchos años.

Lo primero que de la tierra mexicana distingue el viajero procedente de Europa es un país cubierto de nieve que domina todo el horizonte, el pico de Orizaba; pero cuando se acerca á la costa, la realidad no corresponde á esa grandiosa apariencia, pues la costa se extiende triste, recta, arenosa. Muy pronto se ve el islote de Sacrificios, luego San Juan de Ulloa y, finalmente, Veracruz, de donde arrancan dos caminos que conducen á México, uno, poco frecuentado, que pasa por Jalapa y Perote, y otro, de mucho más tránsito, por Córdoba y Orizaba (4). Saliendo de Veracruz por cualquiera de estos dos caminos, atraviésase primeramente una región baja, de atmósfera pesada, de clima ardiente, infestada de mosquitos y de insectos venenosos, y tan pantanosa en la época de las lluvias que las carreteras resultan incómodas para los peatones y jinetes y casi imposibles para los carros. En aquellos sitios aparece cuando en cuando una vegetación vigorosa, pero rara vez dirigida por el trabajo del hombre, y no hay poblaciones, sino unos pocos caseríos. Aquella región, ancha faja que se extiende á lo largo del Océano y forma alrededor de México una especie de cinturón, se denomina en el lenguaje del país las *tierras calientes*.

A cosa de veinte leguas de Veracruz y después de atravesar varios riachuelos, el suelo comienza á elevarse y poco á poco la atmósfera va siendo más pura; á medida que se escalan las pendientes, cambia también la vegetación y al lado de las plantas tropicales se encuentran los grupos de encinas, los helechos y los arbustos del Mediodía de Europa, al propio tiempo que aumenta el número de las aldeas y de las haciendas. La primera ciudad de alguna importancia es Córdoba, y á siete leguas de ésta está Orizaba, situada á 1.200 metros de altitud. Esta región es la de las *tierras templadas*, región afortunada por la benignidad de su clima y por la belleza de sus paisajes, rica por sus plantaciones de cafetos y bananos y embellecida además por espesos bosquecillos de naranjos, que antiguamente plantaron con profusión los españoles.

Más allá de Orizaba álzase una muralla inmensa, las Cumbres, especie de base gigantesca que sostiene la meseta del México central; al través de esa muralla penetra el camino, encajonado entre las rocas y formando numerosas veredas, que termina en la meseta de *Anahuac*, en donde se fundó la *Puebla de los Angeles*. Al otro lado álzase nuevas montañas y al fin aparece á una altitud de 2.300 metros la ciudad de México, situada en un valle elevado y rodeada de lagos. Estas tierras, por oposición á la región del litoral, se llaman las *tierras frías*, frías con relación á las demás, pues algunos días son en ellas en extremo calurosos. Allí se ven, en algunos puntos, los paisajes, las producciones, las influencias climatológicas de Europa, y respirando un aire más fuerte y tan distinto del de las costas tropicales, recorriendo las llanuras sembradas de maíz y á veces de trigo, y escalando las vertientes de las montañas cubiertas de abetos y de alerces, nuestros soldados podrían en más de una ocasión recordar el país natal.

Aquellas regiones que tan á menudo habían de atra-

(4) Véase el mapa adjunto.

## MAPA GENERAL DE MÉXICO

